



## José Emilio Pacheco /3

**R**efiero la historia escuchada de labios de José Emilio Pacheco durante una conversación en Cartagena de Indias, hace dos años, en las jornadas que la Academia de la Lengua consagró a Gabriel García Márquez.

Es sólo una muestra del José Emilio secreto, el interlocutor torrencial que conoce quien puede acercarse a su conversación, a la vez divertida, mordiente, erudita e infatigable.

La historia es ésta:

Un escritor mexicano apreciado por el gobierno de Cuba recibió la invitación a hacer una gira por la isla leyendo textos y contando cuentos.

Hizo la gira bajo la tutela diligente de un escritor cubano que lo llevó y lo trajo sin contratiempo alguno por todas partes, resolviéndole todo.

De vuelta en La Habana, en la inminencia de su partida, el escritor mexicano se percató de lo mucho que había recibido de su colega en ese viaje, sin haberle dado a cambio otra cosa que la discutible amenidad de su compañía. Un río de gratitud hacia su cicerone remontó su garganta, haciéndole decir:

“No sé cómo pagarte, hermano. Lo que has hecho por mí en este viaje, no tiene precio. Pídeme lo que quieras, lo que sea. Estoy obligado contigo de por vida.”

El escritor cubano contestó:

“No quiero nada. Sólo que leas mis obras y me digas lo que piensas.”

Al día siguiente llegó al hotel Nacional, donde se hospedaba el escritor mexicano, un paquete de libros. El cicerone resultó ser un autor prolífico y con algún peso en las editoriales de la Cuba revolucionaria, de tal suerte que el paquete recibido a última hora era un muro de varios tomos con pasta dura.

El escritor mexicano supo de inmediato su predicamento. Estaba por salir al aeropuerto, cargado de regalos, sin espacio en su equipaje para un alfiler más. No dejó los libros de su entrañable cicerone tirados en el cuarto. Con una recomendación profesional de lectura, los puso en mano de una camarera del hotel con la que había cruzado algunas inteligencias literarias, durante su diario cruce matutino.

Poco después, el escritor mexicano recibió una nueva invitación del gobierno cubano, ahora para ser jurado de algún premio. En una de las idas y venidas de su nueva encomienda, se topó con su guía del viaje anterior. Lo sorprendió la frialdad absoluta, terminal, de su saludo. Desconcertado, preguntó:

—¿Qué pasa, hermano, no te acuerdas de mí?

El cicerone respondió sin verlo:

—Mi hermana es camarera en el hotel Nacional. ■ M

[acamin@milenio.com](mailto:acamin@milenio.com)

